



CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

Semana del 24 al 30 de enero de 2021. DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

“Crear en la conversión del corazón es confiar en que es Dios mismo quien cambia nuestra vida”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Jon 3,1-5.10: “Los ninivitas se convirtieron de su mala vida”

Salmo: 24,4-5ab.6-7bc.8-9: “Señor, enséñame tus caminos”

2ª Lectura: 1Cor 7,29-31: “La representación de este mundo se termina”

Evangelio: Mc 1,14-20: “Conviértanse y crean en el Evangelio”

Monición: Así como la semana pasada habíamos hablado de la vocación, hoy nos toca meditar nuevamente sobre ese tema, pero también unido a la conversión. Cuando Dios se digna llamarnos, respondemos acudiendo. De ese encuentro proviene la imperiosa necesidad de un cambio. “Si Dios existe o no existe –escribía Ratzinger– todo cambia.” Después de encontrarnos con Él, todo debe mejorar, corregirse, adaptarse, tender a la perfección. La vocación en la vida no es cosa que se dé de una sola vez. A menudo son varios los llamados, en diversas circunstancias. Interpretar lo que quiere Dios de mí, en cada momento de mi vida, es algo fundamental. Los no creyentes y el discurso de moda hablan de **“reinventarse”** en medio de esta pandemia. Nosotros hablamos de redescubrir nuestra vocación, pues no nos hemos inventado nosotros. Dios nos pensó, nos hizo y nos llamó, y ahora nos vuelve a llamar.

Nos ponemos de pie y escuchamos con atención:

Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 1,14-20)

+++ Gloria a Ti, Señor.

Después de que tomaron preso a Juan, Jesús fue a Galilea y empezó a proclamar la Buena Nueva de Dios. Decía: *“El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Cambien sus caminos y crean en la Buena Nueva.”* Mientras Jesús pasaba por la orilla del mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: *“Sígueme y yo los haré pescadores de hombres.”* Y de inmediato dejaron sus redes y le siguieron. Un poco más allá Jesús vio a Santiago, hijo de Zebedeo, con su hermano Juan, que estaban en su barca arreglando las redes. Jesús también los llamó, y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los ayudantes, lo siguieron.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Pocas cosas pueden tener tanto *“peso”* sobre nuestra vida espiritual, como el saber escuchar y responder adecuadamente a cada uno de los llamados (o vocaciones) que nos hace Dios, en las distintas etapas de nuestra vida, así como el estado de permanente conversión que estamos llamados a vivir, dejando las redes que muchas veces quieren atraparnos e impedirnos avanzar...

En la primera lectura, nos encontramos con el libro de Jonás, un libro muy distinto al resto de los libros llamados “proféticos”, pues allí NO vemos (como en todos los demás) una serie de visiones y predicciones o anuncios de Dios a través de sus elegidos, sino las aventuras y desventuras de un profeta, que es llamado por el Señor para ayudar a una ciudad de paganos.

“Levántate y vete a Nínive...” le dice Dios. Debía anunciarles que la ciudad sería destruida en 45 días. El profeta cumple con su misión, los ninivitas escuchan la advertencia, ayunan, hacen penitencia, y como dice la Escritura, *“Cuando Dios vio sus obras, y cómo se convertían de su mala vida, cambió de parecer y no les mandó el castigo que había determinado imponerles.”*

No debe sorprendernos que el Señor “cambie de parecer”, pues analizando con detenimiento las Sagradas Escrituras, veremos que esto ha sucedido algunas veces. En ciertas ocasiones, el Señor cambia sus planes, conforme a la respuesta que nosotros le damos, haciendo uso nuestro libre albedrío, pues **hay una interacción entre Dios y los hombres**. En este caso, la generosa respuesta de Jonás, y el arrepentimiento del pueblo de Nínive, bajo las órdenes de sus gobernantes, hizo que Dios les evitara la destrucción.

Por su parte, el Evangelio de esta semana es breve, pero muy interesante. En primer lugar, porque en él se condensa el mensaje central que vino a traer Jesús al mundo: *que el Reino de Dios está cerca, y que para recibirlo, para entrar en él, hace falta cambiar y enderezar el camino.*



CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

Es cierto que el mensaje que transmitió Juan el Bautista era el mismo, y en verdad fueron muchos los profetas que lo dijeron antes, pero ahora venía el mismo Dios a decírnoslo, y a enseñarnos el camino con su propia vida, con su muerte y su Resurrección. Por eso nos dice *“Crean en la Buena Nueva”*... La Buena Nueva es Él, el Evangelio en persona.

“El Reino de Dios está cerca”, nos dice y claro, el hombre de hoy tiene que preguntarse necesariamente varias cosas: Para empezar, ¿qué es el Reino de Dios...? ¿Qué tan cerca está?, ¿cerca de qué?, ¿cerca de quién...?

Los judíos no tenían que hacerse tantas preguntas; el mensaje para ellos era mucho más sencillo de entender, porque a pesar de sus corazones endurecidos, y de la natural tendencia humana al pecado, ellos vivían en *una sociedad religiosa*, cuyos miembros hasta se saludaban “en el nombre de Dios”, y esperaban a su Mesías. (Aunque, como ya lo hemos dicho varias veces, muchos tenían una idea distorsionada acerca de su Redentor).

Pero en nuestras sociedades ateizadas (no decimos ateas, sino “ateizadas”, porque el ateísmo se implanta por medio de un plan) es necesario comenzar por aclarar qué es el Reino de Dios. El Reino de Dios es el imperio de la Justicia, del bienestar en todas sus formas, es el reinado de la paz y sobre todo DEL AMOR, de la COMUNIÓN que *proviene de*, y al mismo tiempo *conduce a* ese amor... es el triunfo de la Verdad y del Bien; es POR ESO que el ser humano debe cambiar para acoger ese Reino, y para entrar en él. En rigor, más bien lo que se necesita es que ese Reino penetre en cada uno, lo atraviese, lo sacuda y termine de transformarlo. Después retomaremos este tema.

El Evangelio continúa narrándonos la llamada de Jesús a cuatro de sus apóstoles. La semana pasada habíamos leído lo que algunos dicen que es *“otra versión”* del llamado a Pedro, a Andrés y a otro apóstol, que la Iglesia interpreta es Juan, el Evangelista...

Por su parte, hay quienes sostienen que no necesariamente son dos versiones distintas sobre un mismo hecho, pues muy bien pudiera tratarse de dos encuentros distintos: que después de aquel “primer encuentro” (narrado la semana pasada), y luego de pasar el día completo con Jesús, los discípulos pudiesen haber vuelto cada uno a sus ocupaciones habituales, es decir, los cuatro a la pesca, y al menos tres de ellos a continuar con su discipulado “a medio tiempo” junto a Juan el Bautista; hasta ahora, que Juan el Bautista había sido detenido por Herodes (como leemos al iniciar el Evangelio de hoy) y que de ese modo, las condiciones estarían dadas para que al menos tres de ellos tomaran a Jesús como a su único Maestro...

Como hemos dicho ya varias veces, lo IMPORTANTE del Evangelio no es la precisión cronológica de los hechos, sino la enseñanza espiritual que dejan. Lo que queremos resaltar ahora, y es para eso que comparamos ambas lecturas, es que resulta muy probable que, aún a sus Apóstoles, a los de la primera hora, Jesús hubiera tenido que ir ganándoselos progresivamente, de a poco en poco.

La historia personal de muchos santos nos demuestra que, a menudo, los grandes procesos de conversión tienen “una segunda llamada”, una “segunda vocación”, que es definitiva, radical (es decir, que proviene desde las raíces), y que es a partir de esa conversión profunda, que los frutos de santidad maduran y se cosecharán.

El Evangelio de hoy nos muestra, a través de los detalles, esa **radicalidad** de lo que quizás haya sido el “segundo paso” para estos cuatro discípulos... Nos dice que Simón y Andrés estaban echando sus redes al mar, y que al ser llamados por Jesús *“de inmediato dejaron sus redes y le siguieron”*, y que los hijos de Zebedeo dejaron a su padre ahí mismo, y se fueron con el Señor.

Es posible que esa radicalidad nos asuste, nos parezca tal vez “violenta”, pero es un hecho innegable que, quienes la aceptaron, no sólo se ganaron la Vida Eterna, sino que también fueron felices en esta tierra, pues comenzaron a vivir, aquí y ahora, las maravillas de “El Reino”.

Tenemos serios motivos para pensar que, especialmente en medio de esta pandemia y sus dramáticas consecuencias, el Señor nos está llamando a vivir esa radicalidad, a dar ese *“segundo paso”*, a decidimos, de una vez por todas, por el seguimiento de Cristo y el camino de la santidad, a dejarnos *sacudir, atravesar y transformar* por ese Reino. Sabemos que Él, Su Iglesia y toda la humanidad lo necesitan. Sólo tenemos que decir que “sí”, pero Dios sabe cuánto nos cuesta, o cuanto le está costando a Él el arrancarnos ese “sí” desde nuestras propias y profundas raíces.



El Señor tiene distintas formas de llamarnos, y tiene distintos caminos para cada uno de nosotros... a muchos nos querrá más activos en la vida de apostolado, a otros, más bien más contemplativos, en el silencio y en la vida de oración, pues como dice el Eclesiastés (3,1) *“Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol”*; en todos los casos, lo más importante es responder con un “sí” de corazón a Dios, para lo que quiera que Él nos llame.

Así como Jesús invitó a Simón y a Andrés, y luego a los otros Apóstoles a seguirlo, marcándoles una misión muchísimo más noble que la que hasta ese momento tenían, en la que su espíritu encontraría felicidad por ser pescadores de hombres, es decir: “hacedores”, “modeladores de hombres”, de la misma manera el Señor nos llama y nos invita a la felicidad verdadera, a la salvación, y porque así es el Evangelio, es siempre una propuesta, no una imposición, porque nadie puede decidir la felicidad del otro, no podemos obligar a nuestro prójimo a que se salve.

Cuando el Señor te invita a seguirle y a llevar su Cruz (Lc 9,23-26), te propone que “cierres el telón de la comedia de tu vida”, el telón del sueño de tu vida, para entregarte realmente a Él. No entregas tu vida a una causa, a un sistema o a una ideología, sino a una Persona: a Jesús.

Ante la invitación del Rey de Reyes, puedes echarte para atrás, como hizo el joven rico, pensando en las redes y apegos que no quieres dejar, y entonces Cristo te verá marchar con tristeza, o bien puedes decirle que “sí”, alegrando tu corazón y el Suyo. Ese “sí” está en la línea de tu bautismo, del sí de la Virgen María y de tu entrega. Esa entrega te llevará a seguir a Jesús donde quiera que vaya, compartiendo si es necesario su muerte gloriosa, por eso no basta el aceptar el seguimiento de Cristo sólo de palabra, porque para entregarte es necesario que te niegues a ti mismo, y para que te niegues es preciso hacerte violencia. Sólo el que se abandona y entrega incluso las cosas y los seres a los que ama, puede *“adueñarse de ellos”* en una relación gratuita de amor.

El verdadero amor de Cristo también supone que no te encierres en los dones o talentos que el mismo Dios te ha concedido, guardándolos celosamente para ti o utilizándolos para disfrutarlos tú solo. Esa es una forma de pecado contra el Espíritu Santo, que fue quien te los dio, porque si en lugar de hacer de ellos un medio de relación con el Padre y con los demás, los haces servir para tu propio fin, no asumes que todo lo que tienes te ha llegado de Dios.

En cambio, si asumes todo el orden natural, todas tus capacidades y tus deseos, y los superas, para entregarte a Jesús por completo, aceptando el ser invadido por la Gracia de su Divinidad, renuncias a tener ideas propias sobre los grandes asuntos que afectan a tu vida, y aceptas con gratitud lo inesperado de parte del Señor... Entonces se estará dando una verdadera conversión, que supone un cambio total en ti mismo.

Es al Señor a Quien le toca purificarte de las cosas que te ataban. Te purifica de tu tendencia a disponer de tus legítimas posesiones, de las cosas y de las personas que te rodean, para que todo esté absolutamente a Su servicio.

A todos nos es necesario cargar con la cruz de cada día; todos necesitamos ese conjunto de purificaciones, que van apareciendo a lo largo de nuestra vida, pero debemos tener cuidado de no fabricarnos una cruz “en nuestro taller personal”, sino dejarle a Jesús que nos cargue con Su Cruz: la que Él tenga para cada uno de nosotros.

En medio de esta peste que asola a la humanidad de diversas maneras, sólo Dios sabe con qué cruces deberá cargar cada uno de nosotros. Ofrecámosle con amor todo sufrimiento al Señor y pidámosle misericordia para nosotros y para el mundo entero.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

a) ¿Cómo respondo a la invitación de Jesús, a convertirme más profundamente, y a CREER en el Evangelio? ¿Qué tanto baso en la Palabra de Dios mis grandes o pequeñas decisiones?

b) Cuando el Señor me pide algo (ya sea por inspiración, porque “siento” que debo hacerlo, o mostrándome las necesidades de alguien; o aun de manera más directa y manifiesta, a través de un pedido de mis hermanos en el Apostolado) ¿lo hago “de inmediato”, como respondieron los 4 apóstoles, o voy demorando las cosas, y a veces ni las hago...?



CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

c) Jesús nos invita a ser pescadores de hombres a través del ANE, ¿Cómo estoy respondiendo yo a esa invitación? ¿De qué manera he REDESCUBIERTO MI VOCACIÓN EVANGELIZADORA en medio de esta pandemia?

d) ¿Voy dejando atrás **para siempre** mis redes (apegos) para seguir a Jesús, o los oculto en algún rincón de mi corazón, y los desentierro de vez en cuando...?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concederá la palabra a los participantes de la Casita para que hagan sus comentarios. Como siempre, se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica:

Cánones: 1427-1432, 1489, 2584, 1458

1427 Jesús llama a la conversión. Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en la Buena Nueva" (Mc 1,15). En la predicación de la Iglesia, esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio. Así, el Bautismo es el lugar principal de la conversión primera y fundamental. Por la fe en la Buena Nueva y por el Bautismo se renuncia al mal y se alcanza la salvación, es decir, la remisión de todos los pecados y el don de la vida nueva.

1428 Ahora bien, la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos. Esta segunda conversión es una tarea ininterrumpida para toda la Iglesia que "recibe en su propio seno a los pecadores" y que siendo "santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación" (LG 8). Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del "corazón contrito" (Cfr. Sal 51,19), atraído y movido por la gracia a responder al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero (Cfr. 1Jn 4,10).

1430 Como ya en los profetas, la llamada de Jesús a la conversión y a la penitencia no mira, en primer lugar, a las obras exteriores "el saco y la ceniza", los ayunos y las mortificaciones, sino a la conversión del corazón, la penitencia interior. Sin ella, las obras de penitencia permanecen estériles y engañosas; por el contrario, la conversión interior impulsa a la expresión de esta actitud por medio de signos visibles, gestos y obras de penitencia (Cfr. Jl 2,12-13; Is 1,16-17; Mt 6,1-6.16-18).

1432 El corazón del hombre es rudo y endurecido. Es preciso que Dios dé al hombre un corazón nuevo (Cfr. Ez 36,26-27). La conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios, que hace volver a Él nuestros corazones: "Conviértenos, Señor, y nos convertiremos" (Lm 5,21). Dios es quien nos da la fuerza para comenzar de nuevo. Al descubrir la grandeza del amor de Dios, nuestro corazón se estremece ante el horror y el peso del pecado, y comienza a temer ofender a Dios por el pecado y verse separado de Él. El corazón humano se convierte mirando al que nuestros pecados traspasaron (Cfr. Jn 19,37; Za 12,10). Tengamos los ojos fijos en la sangre de Cristo y comprendamos cuán preciosa es a su Padre, porque, habiendo sido derramada para nuestra salvación, ha conseguido para el mundo entero la gracia del arrepentimiento.

1489 Volver a la comunión con Dios, después de haberla perdido por el pecado, es un movimiento que nace de la gracia de Dios, rico en misericordia y deseoso de la salvación de los hombres. Es preciso pedir este don precioso para sí mismo y para los demás.

2584 En el "cara a cara" con Dios, los profetas extraen luz y fuerza para su misión. Su oración no es una huida del mundo infiel, sino una escucha de la Palabra de Dios es, a veces, un debatirse o una queja, y siempre, una intercesión que espera y prepara la intervención del Dios salvador, Señor de la historia.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-52: Todo esto es fruto de Mi Providencia divina y no es meritorio tanto como lo es, en cambio el seguirme cargado con la propia cruz, con el peso sangriento que tal vez se han impuesto a sí mismos.

El grande y verdadero mérito es: el sufrir, aceptar, seguirme en la abominación del mundo y de ustedes mismos.

Esto es lo que en verdad significa construir sobre la roca, sin temor a vientos ni borrascas, porque quien carga con su Cruz personal va al encuentro de la Gloria, como ocurrió Conmigo.

No deben llevar Mi Cruz sino las raras veces que a eso los llamo. Comprendan: deben sostener su Cruz, imitándome a Mí, su modelo humano y divino.

Mi Corazón está lleno de muchas cosas para ustedes y se los digo apasionadamente, de cuando en cuando, según



CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

las ocasiones de Mi gente elegida.

Ustedes todos que escuchan estas lecciones, ábranme a Mí el alma; renuncien a ustedes para poder adherirse a Mí que sabia y amorosamente los atraigo y socorro. Séanme gratos recibiendo y asimilando Mi Palabra porque en Ella está la Vida. Vayan al Evangelio...

CA-36: Mis llamadas son constantes y a muchos, pero pocos conocen Mi Voz. La soledad interior donde Me complazco en llamar a las almas, la destruye muchas veces el ruido ensordecedor del mundo. Mi Voz queda apagada por otras que gritan más y aturden con promesas tangibles, temporales.

Mis llamadas son diversas. No hay corazón que no haya oído Mi Voz, pero qué poca atención le prestan. Si la criatura supiera amar, conocería Mi Voz cuando le hablo porque Yo Soy Amor. Por el Amor olvido todo, lo perdono todo, lo doy todo. Cuando de veras se entrega a Mi Amor sin esperar por ello recompensa alguna, ni humana ni Divina, derrocho en ella con tal abundancia las migajas del festín celestial, que no tiene más remedio que reconocer que no merece tanto don...

7.- Virtud del mes: En enero, practicamos la **Fortaleza** (CIC, cánones: 1808-1811-1831-1837)

Esta Semana veremos el canon 1837, que dice lo siguiente:

1837 La fortaleza asegura, en las dificultades, la firmeza y la constancia en la práctica del bien.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

ANA-17 Las seducciones del mundo, influyen muchas veces en el alma recta, por ello deberán buscar la dirección del Espíritu Santo. Mientras se sostengan a Mí por medio de Mi Cruz, mientras cuiden de ser Mi verdadera presencia en la Eucaristía, no deben temer nada y sí regocijarse en la providencia de Dios a todo lo creado.

Renuncien, prívense de todo lo que pudiese ocasionarles una alegría excesiva en la tierra. Devuelvan amor al amor en cada instante y se les dará sabiduría. Crezcan en el silencio interior, allí les hablo a todos Mis hijos. Acérquense a Mi Madre que es la nueva Eva, déjense traer a Mi refugio.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Revisaré frente al Señor mi vocación. Analizaré todo lo que me ha pedido, a lo largo de mi vida, y la forma en la que le respondí. Le pediré la luz y la fortaleza necesaria para interpretar y responder generosamente a lo que Él me está pidiendo ahora: UNA CONVERSIÓN MÁS PROFUNDA y una mayor entrega a mis hermanos en esta pandemia.

- **Con la virtud del mes:** Postrado frente al Santísimo Sacramento, le pediré al Señor que me conceda la firmeza necesaria para rechazar todas las tentaciones que me impiden crecer en santidad, conforme al plan de Dios para mí.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*